

el que os presentáseis en el hotel de la plaza real.

D'ART. Madama, por favor, oidme. [*Le estorba el paso.*]

MIL. Supongo que tendré para salir la misma libertad que tuve para entrar.

ROCH. [*Abriendo la ventana.*] Milady! Milady!

D'ART. [*Volviéndose.*] ¡Es mi hombre de Meun! ¡Ah! por Cristo, que esta vez no te me escaparás. [*Salta por la ventana, se oye su voz que se aleja.*] ¡Ah! cobarde! ¡Ah! miserable! ¡Mal caballero!

ROCH. [*Se levanta y entorna la ventana.*] ¡Os ha reconocido!

MIL. Si... pero le he explicado el motivo de mi venida. ¡Y vos!...

ROCH. ¡Conque no hay miedo de que sospeche la causa que aquí nos trae!

MIL. Ninguno, ¡y vos!

ROCH. ¡No lo habeis visto! Ha saltado por encima de mi cabeza, y es capaz de correr sin pararse hasta el río. ¡Está furioso!

MIL. ¡Pero y qué hacemos!

ROCH. ¡Qué hemos de hacer!... ya se ha errado el golpe... vámonos.

MIL. Luego parece que le pagan á este condenado gascon para que se atravesase siempre en nuestro camino.

ROCH. No tengais cuidado, que ya nos las pagará todas juntas. ¡Vamos! ¡Vamos! [*En el momento que dejan la trastienda se ven pasar las piernas de Planchet.*]

ESCENA VI.

PLANCHET D'ARTAGNAN.

PLAN. [*Atravesando el techo.*] Sr. d'Artagnan! Sr. d'Artagnan! ¡A dónde estais! ¡Ay Dios mio! no me responde! ¡Cómo no se haya ido á entregar él mismo!

D'ART. [*Entrando.*] ¡No lo has visto, Planchet!

PLAN. ¡A quién señor!

D'ART. A él, á ese demonio encarnado que se me aparece á todas horas, sin que yo pueda atraparlo nunca.

PLAN. Oidme señor, la guardia vino, y encontró al Sr. Athos que estaba en vuestro cuarto, y se lo ha llevado.

D'ART. ¡Cómo! ¡y él se ha dejado llevar!

PLAN. La guardia creyó que érais vos.

D'ART. ¡Y él no se ha descubierto!

PLAN. Todo lo contrario, cuando yo iba á hablar, él puso el dedo sobre su boca, entonces yo caí en la cuenta, y no dije nada.

D'ART. ¡Bravo, Athos! en eso te conozco.

[*Se abre la puerta del fondo.*]

ESCENA VII.

LOS MISMOS, SEÑORA BONACIEUX.

SRA. BON. ¡Caballero! ¡Caballero! ¡Aún estais aquí!

D'ART. ¡La señora Bonacieux!

SRA. BON. Sí, la misma.

D'ART. ¡Pero qué teneis! ¡Planchet! ¡Planchet!

SRA. BON. No, no os ocupeis de mí.

D'ART. ¡Qué ha sucedido!

SRA. BON. Que he malgastado media hora de tiempo, y esta media hora ha sido para mí una eternidad.

D'ART. Pero...!

SRA. BON. ¡He llegado demasiado tarde! Una mujer con un vestido igual al mio, y con un pañuelo parecido á este, se presentó en la casa de la calle de Vaugirad, y le dieron la seña.

D'ART. ¡Es posible! pues otra mujer vestida lo mismo que vos, acaba de salir de aquí.

SRA. BON. ¡La habeis visto! ¡La habeis hablado!

D'ART. Sí.

SRA. BON. ¡Y quién es ella! ¡A dónde está!

D'ART. ¡Que sé yo! Un demonio que yo persigo hace tres semanas, y que perseguiré toda mi vida si fuere preciso, se ha presentado en esa ventana, cuando ella estaba aquí, he corrido tras de él, y entretanto, no sé que fué de ella, y lo mas particular es, que este hombre es él mismo que os arrebató del lado de la reina.

SRA. BON. ¡Dios mio!

D'ART. Y no solo ha pasado eso, sino que tambien han venido á arrestarme.

SRA. BON. ¡En dónde! ¡aquí!

D'ART. No, allá arriba, en mi habitacion.

SRA. BON. ¡Pero no os han encontrado!

D'ART. No; pero encontraron á un amigo mio, y se lo han llevado en mi lugar.

SRA. BON. De manera que ellos creen que os tienen preso.

D'ART. Seguramente.

SRA. BON. Pues Sr. d'Artagnan, no hay tiempo que perder.

D'ART. Ordenad, señora, lo que gustéis: á todo estoy resuelto.

SRA. BON. Ante todas cosas, decid á vuestro lacayo que vaya á explorar las cercanías.

D'ART. ¡Lo has oido, Planchet!

PLAN. Voy al momento, señor.

SRA. BON. Y vos vais á acompañarme.

D'ART. ¡A dónde!

SRA. BON. Al paraje en que él se oculta. ¡Dios mio! Dios mio! Solo os pido que lleguemos á tiempo.

D'ART. Apresurémonos.

PLAN. [*A la puerta del fondo.*] No se puede entrar: cuando os digo que no se puede entrar!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y UN HOMBRE EMBOZADO EN UNA CAPA.

EMB. ¡En hora buena! pero yo entro. [*Empuja á Planchet y entra.*]

PLAN. ¡Señor! ¡socorro! ¡socorro!

D'ART. Este va á pagar por todos.

EL HOM. ¡Te atreverias tú, tunante!...

D'ART. [*Sacando su espada.*] Se os ha dicho señor, que no se puede entrar.

HOMB. Y yo he respondido que entraba.

D'ART. ¡Y quién sois vos!

HOMB. Eso mismo pregunto yo: ¡vos quién sois!

D'ART. ¡Voto al demonio! vais á saberlo.

HOMB. ¡Ah! ¡conque vos queréis!... [*Tira su capa.*]

SRA. BON. [*Reconociéndolo.*] ¡Magnifico! [*Se pone entre ellos y agarra las espadas.*] ¡Milord! ¡aquí Milord!

D'ART. [*Dando tres pasos atras.*] ¡Seriais vos, caballero!

SRA. BON. Milord duque de Buckingham. [*A d'Art.*] Y ahora con una indiscrecion, á todos podeis perderos.

D'ART. ¡Vos, milord aquí! [*A la Señora Bonacieux.*] ¡Y cómo ha sido esto!

SRA. BON. Yo no sé nada, y milord es el único que puede descifrarnos este enigma.

BUCK. Es muy sencillo: se presentó uno en la calle de la Harpe, me ha enseñado el pañuelo, y me ha dicho que se me esperaba en la calle de Fossoyeurs, cerca de Luxemburgo, en casa de un mercero, llamado Bonacieux; y como el nombre me era conocido, no he vacilado un momento, y heme aquí.

D'ART. Todo está muy claro: creian que estaba ocupada la casa todavía por el Exento y su comitiva, y querian hacer caer á milord en un lazo; no hay mas, eso era: dispensadme, milord, por haber sacado la espada contra vos, y servios decirme de qué modo puedo ser útil á Vuestra Gracia.

BUCK. Gracias, caballero: sois un valiente; me ofreceis vuestros servicios y los acepto. Venid en pos de nosotros, como á veinte pasos de distancia; acompañadnos hasta el Louvre, y ya que sabeis los intereses que aquí se versan, si observais que alguien nos espía, matadlo.

D'ART. ¡Muy bien, milord! id delante, que yo os sigo.

BUCK. Vamos, señora.

D'ART. Planchet, preven á Porthos y Aramis que esta noche no se acuesten. [*Vase Planchet por la ventana.*]

CUADRO VII.

LA ENTREVISTA.

El Louvre, Cuarto de la reina.

ESCENA I.

LA PORTE, ANA DE AUSTRIA.

ANA. La Porte, ¡y el duque!

LA POR. ¡El duque!

ANA. ¡No sabeis nada de él!

LA POR. Solo podiamos saber algo por la Sra. Bonacieux; pero desde el momento en que el cardenal la hizo desaparecer, nos hallamos todos en la misma incertidumbre.

ANA. ¡La Porte!

LA POR. ¡Madama!

ANA. Me parece que oigo pasos por el pasillo; id á ver qué es eso.

ESCENA II.

DICHOS Y LA BONACIEUX.

LA BON. [*Abriendo la puerta del pasillo.*] Silencio!

ANA. ¡Ah! ¡eres tú, Constancia!

SRA. BON. Sí, madama, si majestad, yo soy.

ANA. ¡Te han puesto en libertad!

SRA. BON. Me he escapado.

ANA. Y has acudido aquí, sin...!

SRA. BON. He estado ya en donde mi presencia se hacia necesaria.

ANA. ¡Lo has visto!

SRA. BON. ¡Vuestra majestad!...

ANA. Responde pronto: ¡lo has visto! nada le ha sucedido!

SRA. BON. Está allí.

ANA. ¡All! ¡quién!

SRA. BON. El duque.

ANA. ¡El duque de Buckingham!

SRA. BON. El mismo.

ANA. ¡En el Louvre! ¡en el palacio del rey! ¡cerca del cardenal!

SRA. BON. Madama, me ha dicho que ya que habia venido á Paris, no se volveria á Londres sin veros; que él sabia bien, que no era vuestra la carta que se le habia enviado; que conocia perfectamente el lazo que sus enemigos le han tendido; pero que les daba las gracias, por haberlo colocado en la posicion en que se hallaba.

ANA. ¡Qué locura! vuelve á donde lo has

dejado, y suplica, ordena en mi nombre... (Se presenta el duque) y dile que es menester que parta inmediatamente, que no lo verá, que no quiero verlo; y que si las circunstancias me estrecharen, se lo diré al rey todo.

ESCENA III:

LOS MISMOS BUCKINGHAM.

BUCK. ¡Oh! estoy seguro que no tendréis ese valor, madama.

ANA. ¡El duque! La Porte vos allí, y vos, Constancia en ese pasillo, (obedecen.) ¡Ah! señor! qué habeis hecho?

(Los dos servidores se alejan, la reina y Buckingham quedan solos.)

BUCK. [Poniendo una rodilla en tierra.] He venido, madama, á postrarme en vuestra presencia, y á deciros que Jorge de Williers, duque de Buckingham, es y será siempre el mas humilde y el mas obediente de vuestros adoradores.

ANA. Sabéis sin duda, duque, que no he sido yo quien os ha escrito, ¿no es verdad?

BUCK. Sí, lo sé; y sé que he sido un loco en creer que la nieve se animara, y que el mármol podría calentarse; pero, ¿qué queréis! Cuando se ama, se cree fácilmente en el amor: verdad es que no lo he perdido todo en este viaje, pues que tengo el placer de veros.

ANA. ¡Olvidais, milord, que al verme aventurais vuestra vida, y poneis mi honor en inminente peligro! Me veis, es verdad; pero me veis para oírme decir que todo nos separa; la profundidad del mar, la enemistad de los dos reinos y la santidad de mis juramentos: sacrilego es, milord, el luchar contra tantos obstáculos! Me veis, en fin, para oírme decir por la última vez, que no podemos volver á vernos mas.

BUCK. Hablad, madama; hablad, reina; la dulzura de vuestra voz ahoga la acritud de vuestras palabras. Me hablais de sacrilego; pero el sacrilegio no está sino en la separación de los corazones que Dios había formado el uno para el otro.

ANA. ¡Milord! yo jamas os he dicho que os amaba.

BUCK. Pero tampoco me habeis dicho nunca que no me amábais.

ANA. ¡Milord!

BUCK. Y fuera una crueldad que no seríais capaz de cometer. Porque decidme, reina, ¿en dónde encontraríais un amor semejante al mio? Un amor que ni el tiempo, ni la ausencia, ni la desesperación, pueden apagar nunca: mi amor que se contenta con una cinta, que se regocija con una mirada perdida, que se entusiasma con una palabra escapada. Tres años ha que os he visto por la

primera vez, madama, y son tambien tres años que no he cesado de amaros.

ANA. ¡Duque!

BUCK. ¿Queréis que os diga cómo estábais vestida la primera vez que os he visto? ¿Queréis que os particularice cada uno de los adornos de vuestro traje? Me parece que os estoy viendo todavía, con aquel vestido de raso bordado de oro, cuyas mangas colgadas se reataban á vuestros hermosos brazos con unos herretes de diamantes. ¡Oh! sí, mirad, yo cierro los ojos, y os estoy viendo tal cual entonces érais; los abro, y os veo tal cual sois; es decir, cien veces mas hermosa.

ANA. ¡Y qué locura, duque, el alimentar con recuerdos tales, una pasión inútil!

BUCK. ¡Y con qué queréis que yo viva? ¿Cómo queréis que exista? No tengo mas que recuerdos, y estos recuerdos son mi felicidad, mi tesoro, mi esperanza. Cada vez que os veo, es un diamante mas que encierro en lo mas recóndito de mi corazón. Este de ahora, es el cuarto que dejais caer y que yo recojo, porque en tres años, madama, no os he visto sino cuatro veces: fué la primera esta de que acabo de hablaros; la segunda, en casa de madama de Chevreuse, y la tercera en los jardines de Amiens.

ANA. No me habeis, milord, de esa noche.

BUCK. Es la mas feliz y refulgente de mi vida. ¿Os acordais qué hermosa noche hacia! ¿Cuán suave, cuán dulce y perfumado era el aire, y cuán esmaltado de estrellas estaba el cielo! ¡Ah! aquella vez como ahora, nosotros estábamos solos; entonces os hallábais dispuesta á decírmelo todo, vuestro aislamiento en la vida, los pesares de vuestro corazón, la viudez de vuestra alma: os apoyábais en mi brazo, mirad, en este, y al inclinar mi cabeza hacia vuestro lado, vuestros hermosos cabellos rozaban sobre mi rostro, y cada vez que los sentia, temblaba de pies á cabeza. ¡Oh! ¡reina! ¡reina! Vos ignorais cuánta alegría se experimenta en momentos semejantes. Mirad: mis bienes, mi fortuna, mi gloria, todo, hasta lo que me resta que vivir, todo lo daría por una noche igual á aquella; porque aquella noche... ¡Oh! aquella noche, madama, vos me amábais, sí, os juro que vos me amábais.

ANA. [Levantándose.] Pero la calumnia se ha apoderado precisamente de esa noche, y el rey, instigado por el cardenal, ha dado un escándalo terrible: madama de Vernet ha sido despedida de palacio, Putange desterrado, madama de Chevreuse cayó en desgracia, y cuando vos pretendísteis volver como embajador á Francia, el rey mismo se ha opuesto á ello.

BUCK. Sí, y la Francia va á pagar con una guerra la repulsa de su rey.

ANA. ¿Cómo así?

BUCK. Yo no tengo esperanzas de entrar en París á mano armada, no, ciertamente. Pero esta guerra tendrá naturalmente por término la paz, y esta paz necesitará un ne-

gociador, y este negociador seré yo, y yo volveré á París, y os volveré á ver.

ANA. Milord, tened presente que todas esas pruebas de amor que queréis darme, son otros tantos crímenes.

BUCK. ¡Ah! sí, los llamais crímenes, porque no me amais. Madama de Chevreuse, de quien acabais de hablar ahora mismo, ha sido menos cruel que vos. Hollan la ha amado, y ella ha correspondido á su amor.

ANA. ¡Ay de mí! Madama de Chevreuse no era reina.

BUCK. ¿Qué escucho! es decir que si no fuéreis reina, me amaríais, madama! ¡Oh! ¡gracias por esas dulces y consoladoras palabras. ¡Oh mi hermosa majestad! ¡mil veces gracias!

ANA. Es que me habeis comprendido mal.

BUCK. ¡Bien! si es un error, yo soy feliz con este error, no tengais la crueldad de destruirlo, de arrebatármelo. Esa carta que yo he recibido, no era vuestra, vos misma lo habeis dicho; se me armaba un lazo; pues bien, yo tal vez dejaré en ese lazo mi vida, porque, sabedlo, y os parecerá extraño, pero yo, habeis elgun tiempo que tengo el triste presentimiento de que voy á morir.

ANA. ¡Oh Dios mio!

BUCK. No os digo esto, madama, por asustaros; creed que yo no me preocupo con vanos ensueños; pero la palabra que acabais de pronunciar; la esperanza que ca sime habeis dado, todo me lo paga con usura, todo lo satisfice hasta el sacrificio de mi misma vida.

ANA. Pues sabedlo, duque, yo tambien tengo tristes presentimientos; yo tambien he tenido un fatal ensueño, y en este ensueño os veía acostado, teñido de sangre y con una horrorosa herida.

BUCK. ¡Sí, una herida hecha con un puñal en el lado izquierdo, no es así!

ANA. Precisamente, milord. ¡Ah! ¡Dios mio! ¿y quién ha podido deciros que yo he tenido semejante ensueño? Yo no he hablado de él sino con Dios, y eso en medio de mis súplicas. [Se levanta.]

BUCK. Ya me basta: me amais, madama, hé ahí cuanto bien anhelo. (Arrodillado.)

ANA. ¡Os amo... yo!...

BUCK. Sí, vos, y si no me amáseis; ¿os enviaria Dios los mismos en sueños que á mí? ¿Tendríamos iguales presentimientos si nuestras dos existencias no estuviesen ligadas por el corazón? Me amais reina, me llorais y me compadeceis.

ANA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ya veis que esto es terrible y superior á mis fuerzas. Oid, duque: en nombre del cielo, partid, retiraos; no sé si os amo ó no; pero lo que sí sé es, que si fuérais herido en Francia, que si muriérais en Francia, que si yo pudiese figurarme que vuestro amor por mí, debía causaros la muerte, yo no me consolaria jamas de tal desgracia; sé que me volveria loca, que os seguiria al sepulcro y... partid pues, partid, os lo suplico....

BUCK. ¡Ah! qué hermosa estais así! ¡Y cómo os amo! ¡Cuán os idolatro!

ANA. Partid, partid y volved mas tarde; volved como embajador, como ministro; pero cercado de guardias que os defiendan, de servidores que cuiden de vuestra existencia, y entonces, entonces no temeré por vuestra vida, y tendré un inefable gozo en volver á veros.

BUCK. Pero antes necesito un gaje de vuestra indulgencia, un objeto cualquiera de vuestra mano que me recuerde que no he soñado. Cualquiera cosa que vos háyais llevado, y que yo pueda llevar á mi vez, una sortija, un collar, una cadena.

ANA. ¡Y partireis! ¡Partireis si os doy lo que me pedís!

BUCK. Sí.

ANA. ¡Al instante!

BUCK. Sí.

ANA. ¡Dejareis la Francia, os volvereis á Inglaterra!

BUCK. Sí, os lo juro.

ANA. Esperad, mi lord, esperad. (Sale del cuarto. Buckingham, la espera inmóvil con los brazos tendidos, y Ana vuelve con un cofrecito de palo de rosa.) Tomad, mi lord: guardad esto en mi memoria: son los herretes de diamantes que el rey me ha regalado y los mismos que llevaba la primera vez que me visteis.

BUCK. [Cayendo de rodillas.] ¡Y es verdad, madama! puedo creer en mi dicha ó sueño!

ANA. Me habeis ofrecido iros.

BUCK. Y cumplo mi palabra. Vuestra mano, madama, vuestra mano, y parto. [Ana le alarga la mano que besa con transporte.] Antes de tres meses, madama, ó habré muerto, ó os habré vuelto á ver, aun cuando para conseguirlo tenga que trastornar el mundo.

SRA. BONA. [Saliedo.] ¡Madama! ¡madama!

ANA. ¿Qué sucede?

SRA. BONA. Han seguido al duque; han tomado sus señas y se ha cambiado la consigna.

ANA. ¿Lo oís duque?

BUCK. ¡Y ahora qué hacer!

D'ART. [Entrando apresuradamente.] Ponerse esta capa y este sombrero, monseñor, y dejar aquí el vuestro.

BUCK. ¡Pero y la nueva consigna!

D'ART. Rochefort y la Rochelle; y ahora no olvidéis que sois de la compañía Treville.

BUCK. ¡Madama!...

ANA. Partid, duque, partid, en nombre del cielo, partid.

SRA. BONA. Partid.

D'ART. Partid.

ANA. [Escuchando.] ¡Silencio!

UNA VOZ. [Dentro.] ¿Quién vive?

BUCK. De la compañía Treville, Rocheford y la Rochelle.

LA VOZ. Pasad.

ANA. (Cayendo en un sillón.) ¡Se ha salvado!

D'ART. ¡Ya por esta noche podemos dormir tranquilos! Mañana será otro día.

FIN DE LA PRIMERA NOCHE.

ACTO TERCERO.

CUADRO VIII.

El gabinete del cardenal.

ESCENA I.

Un hombre de la policia del cardenal, y el cardenal detras de una cortina.

ESCRIB. ¡Monseñor puede oír!
 UNA VOZ. (Tras la cortina.) Sí.
 ESCRIB. Que traigan al preso.

ESCENA II.

Los mismos, BONACIEUX, entre dos guardias.

ESCRIB. Decid vuestros nombres, vuestros apellidos, vuestra edad y vuestro domicilio.

BONA. Me llamé Santiago Miguel Bonacieux, de edad de cincuenta y un años, mi oficio especiero mercero, y vivo en la calle de Fossoyeurs.

ESCRIB. ¿Sabéis por qué estais preso en la Bastilla?

BONA. Solo porque me han llevado á ella, que si no es eso, lo que es yo, por mí os jura que nunca habria tenido esa tentacion.

ESCRIB. Parece que vos no entendéis la pregunta, ó que haceis como que os equivocais. Lo que os pregunto es si estais dispuesto á confesar el crimen por el cual se os condujo á la Bastilla.

BONA. ¡Un crimen! cómo, monseñor! ¡yo he cometido un crimen!

ESCRIB. Sí, estais acusado del mas grave de todos los crímenes, del crimen de alta traicion.

BONA. ¡De alta traicion! ¡Ah! señor, cómo queréis que un pobre mercero que detesta á los hugonotes, y que aborrece á los españoles, esté acusado del crimen de alta traicion.

ESCRIB. Señor Bonacieux, ¡teneis una mujer!

BONA. ¡Ay! sí, señor, la tenia, tenia una no mas.

ESCRIB. ¡Cómo, tenfais una! ¡qué, ya no la teneis! y si no la teneis, ¡qué habeis hecho de ella!

BONA. ¡Ah, señor! me la han robado.

ESCRIB. ¡Y ya sabéis quién ha cometido ese rapto!

BONA. ¡Hum! sospecho que es un señor

pequeño, ojos y cabellos negros, con una cicatriz en la sien.

ESCRIB. (Volviéndose hacia la cortina.) ¡Já, ¡já! ¡Y su nombre!

BONA. ¡Ah! lo que es su nombre, no lo sé; pero si yo lo encontrara alguna vez, en cualquiera parte, os aseguro que lo conoceria aunque estuviera entre mil personas.

ESCRIB. ¡Decís que lo conoceriais entre mil!

BONA. Pues, es decir....

ESCRIB. Vos habeis respondido que lo conoceriais; está bien, adelante.

BONA. No señor, yo no he dicho.... así.... de un modo.... positivo que estaba seguro; yo he dicho así, que creia.... [Durante este tiempo, entra un hombre y habla al escribano al oído.]

ESCRIB. ¡Já, já!

BONA. ¡Y hay todavía otra cosa!

ESCRIB. Lo que hay es que vuestro negocio se complica.

BONA. ¡Mi negocio!

ESCRIB. Responded: ¡qué íbais á hacer en casa del señor d'Artagnan, vuestro vecino, con el cual habeis tenido una larga conferencia aquella mañana!

BONA. ¡Oh! lo que es eso, es verdad: he estado en casa del señor d'Artagnan, no os han engañado.

ESCRIB. ¡Y qué objeto tenia esa visita!

BONA. No mas fui á suplicarle que me ayudase á buscar á mi mujer, porque yo creia que tenia el derecho de reclamarla; pero ya veo, señor, que me engañaba, que no lo tenia.

ESCRIB. ¡Y qué os respondió el señor d'Artagnan!

BONA. El señor d'Artagnan, primero me habia ofrecido su proteccion; pero ví muy pronto que me traicionaba.

ESCRIB. Mentís, señor Bonacieux: el señor d'Artagnan ha hecho un pacto con vos; ha puesto en fuga á los agentes de policia, que habian arrestado á vuestra mujer, y la ha sustraído á todas las pesquisas: se la ha llevado.

BONA. ¡Qué decís! El señor d'Artagnan se ha llevado á mi mujer! Bueno es saberlo.

ESCRIB. Afortunadamente el señor d'Artagnan está en nuestro poder, y os vamos á cuidar con él.

BONA. Pues por vida mia, que no deseo yo otra cosa. No me disgustaria por cierto, el ver en este momento alguna cara conocida.

ESCRIB. Haced entrar al señor d'Artagnan.

BONA. ¡Ah! Gracias á Dios.

ESCENA III.

LOS MISMOS, DOS GUARDIAS, trayendo a ATHOS.

ESCRIB. [A Athos.] Señor d'Artagnan, de-

clarad lo que ha pasado entre vos y el señor.

BONA. Pero si este caballero no es el señor D'Artagnan.

ESCRIB. ¡Cómo no es el señor d'Artagnan!

BONA. Por supuesto que no, ni por asomos.

ESCRIB. ¡Y os atreveriais á sostener!...

BONA. ¡Vaya que esto me gusta! ya se ve que sí me atrevo.

ESCRIB. ¡Entonces, si este caballero no se llama d'Artagnan, cómo se llama!

BONA. ¡Qué sé yo cómo se llama! preguntádselo á él.

ESCRIB. ¡Cómo os llamais!

ATHOS. Athos.

ESCRIB. Ese no es un nombre de hombre, es un nombre de la montaña.

ATHOS. Pues ese es mi nombre.

ESCRIB. Sin embargo, vos habeis dicho que os llamabais d'Artagnan.

ATHOS. ¡Yo!

ESCRIB. Sí, vos.

ATHOS. ¡Poco á poco! es decir que á mí se me ha dicho: ¡sois vos el Sr. d'Artagnan! y yo respondí sencillamente: ¡lo creéis! Mis guardias esclamaron unánimes que estaban seguros de ello, y á mí me pareció prudente no contrariarlos, tanto mas, cuanto que yo podia engañarme, porque estaba borracho.

ESCRIB. Cuidado con lo que decís, señor; mirad que estais insultando á la majestad de la justicia.

ATHOS. De ninguna manera, ni es tal mi ánimo.

ESCRIB. En fin, ¡sois vos el Sr. d'Artagnan!

ATHOS. Bien veis que vos mismo lo estais diciendo.

BONA. Sí, pero yo os digo, señor comisario, que aquí no puede haber trampa, ni duda, ni nada. El señor no es el Sr. d'Artagnan: el Sr. d'Artagnan es mi locatario; él no me paga la renta, con que yo debo conocerlo muy bien. Me parece que esto se cae de su peso.

ESCRIB. Esa razon sí es fuerte. (A uno que entra con una carta.) ¡Qué es esto!

MENSAG. Leed.

ESCRIB. ¡Oh! ¡desgraciada!

BONA. ¡Qué, qué decís! ¡De quién hablais! Supongo que no será de mi mujer, eh!

ESCRIB. Precisamente de ella hablo. Ahora sí que vuestro negocio se arregla.

BONA. (Esesperado.) ¡Cómo es eso! Hacedme favor, caballero, de esplicarme por qué razon se ha de empeorar mi negocio por lo que mi mujer haga mientras yo estoy preso.

ESCRIB. Porque lo que ella hace, es la continuation de un plan concertado entre vosotros, cuyo plan es infernal.

BONA. Os juro, señor comisario, que padeceis una grande equivocacion, una equivocacion bestial, porque yo no sé ni una jota de lo que debia hacer mi mujer; porque yo tampoco sé nada de lo que ha hecho; y si ella ha hecho algunas bestialidades, ó cosa semejante, yo desde ahora la repudio, la desmienta, y la maldigo.

ATHOS. Si es que ya no me necesitais, enviadme á cualquiera parte, porque me fastidia sobremanera este majadero de Bonacieux.

ESCRIB. Llevad á los presos á sus respectivos calabozos.

ATHOS. Despacio: si á quien necesitais tener bajo de llave, es al Sr. d'Artagnan, no alcanzo por qué razon me enviáis á mí todavía preso.

ESCRIB. Lo mandado, mandado; haced lo que he dicho.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, EL CARDENAL.

CARD. Un momento.

TODOS. Monseñor!

ATHOS. [Inclinándose.] Monseñor....!

CARD. Estais libre, Sr. Athos. [A Bonacieux.] Vos, quedaos. [A los guardias.] Despejad. (Athos se inclina; vánse todos con las demostraciones del mas profundo respeto.)

BONA. ¡Qué querrá todavía este señor! ¡quién será él!

ESCENA V.

EL CARDENAL, BONACIEUX.

CARD. ¡Conque habeis consprado!

BONA. Eso, monseñor, me acaban de decir aquí; pero os juro por mi vida, que yo no lo sabia.

CARD. Sí, habeis conspirado de acuerdo con vuestra mujer, con la Sra. de Chevreuse, y con milord el duque de Buckingham.

BONA. ¡Ah! sí, ahora caigo: en efecto monseñor; sí, yo he oido alguna vez pronunciar esos nombres.

CARD. ¡A quién!

BONA. A la Sra. Bonacieux mi esposa.

CARD. ¡Y con qué motivo!

BONA. Yo no lo sé bien á bien: ella decia que el cardenal de Richelieu habia atraído el duque á Paris, para perderlo, y con él á la reina.

CARD. ¡Ella decia eso!

BONA. Sí, monseñor, ella lo decia: pero yo le he dicho que no tenia razon para hablar de ese modo, que su eminencia era incapaz....

CARD. ¡Eh! callaos: sois un imbécil.

BONA. Precisamente, monseñor, eso mismo me respondió mi muger.

CARD. ¡Y sabéis quién se ha llevado á vuestra esposa!

BONA. No, Monseñor.

CARD. Sin embargo, vos teneis algunas sospechas.

BONA. Sí, Monseñor: sospechaba algo; pero mis sospechas parece que molestaban un poco al señor comisario, y ya no sospecho nada.

CARD. ¿Cuando ibais por vuestra mujer al Louvre, os volváis directamente á casa?

BONA. De algun tiempo á esta parte, no Monseñor, porque ella tenia casi siempre algun negocio pendiente con los mercaderes de lienzos.

CARD. ¿Y en dónde vivian esos mercaderes?

BONA. El uno en la calle de Vaugirard y el otro en la de la Harpe.

CARD. ¿Y subíais vos con ella?

BONA. Nunca, Monseñor; la esperaba siempre á la puerta.

CARD. ¿Y qué pretexto os daba para subir sola?

BONA. Ninguno; no mas me decia que esperase, y yo esperaba.

CARD. Sois un marido muy complaciente, mi querido señor Bonacieux.

BONA. ¡Toma! me ha llamado su querido señor; pues esto no va tan mal, como decia el otro barbero.

CARD. ¿Y daríais vos con las puertas de esas casas?

BOEA. Con los ojos cerrados.

CARD. ¡Bien! ¡Uno! (*Un oficial se presenta.*) Idme á buscar á Rochefort, y si ya está ahí, que entre al instante.

OFICIAL. Ahí está el conde, y solicita hablar al momento con vuestra Eminencia.

BONA. ¡Eminencia! ¡Vuestra Eminencia! ¡Su Eminencia!

CARD. Que entre.

BONA. ¡Valgame Dios! ¿Qué es lo que me pasa! Vos sois el cardenal en persona, Monseñor, el gran cardenal, el eminente cardenal.... (*Se arrodilla.*) Y yo.... ¡misericordia! perdon. (*Da con la frente en el pavimento.*)

CARD. Rochefort, entrad.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ROCHEFORT.

ROCHE. ¡Monseñor!

BONA. El es.

CARD. ¿Y quién es él?

BONA. El que se ha llevado á mi mujer.

CARD. [*Al oficial.*] Entregad ese hombre á sus dos vigilantes.

BONA. No, Monseñor, no era él; me habia engañado: el señor no se le parece ni en esto; el señor es un hombre honrado.

CARD. Quitad de aquí á ese imbécil (*Se llevan á Bonacieux, que hace unos gestos desesperados.*)

ESCENA VII.

EL CARDENAL, ROCHEFORT.

ROCHE. Se han visto.

CARDEN. ¿La reina y el duque?

ROCHE. Sí.

CARDEN. ¿En dónde?

ROCHE. En el Louvre.

CARDEN. ¿Quién os lo ha dicho?

ROCHE. La señora de Launay.

CARDEN. ¿Se puede contar con ella?

ROCHE. Es toda de vuestra Eminencia.

CARDEN. Está bien: hemos sido batidos: ahora es preciso buscar el desquite.

ROCHE. Y yo, monseñor, os ayudaré con toda el alma.

CARDEN. ¿Y cómo estuvo esa entrevista?

ROCHE. A las once estaba la reina con sus camaristas, y repentinamente entra en su retrete, diciendo, esperadme.

CARDEN. ¿Y es en su retrete en donde lo ha visto?

ROCHE. Sí.

CARDEN. ¿Quién lo ha inroducido hasta allí?

ROCHE. La señora Bonacieux.

CARDEN. ¿Cuánto tiempo han estado juntos?

ROCHE. Como una media hora.

CARDEN. ¿Y despues la reina volvió á salir?

ROCHE. Sí, para tomar un cofrecillo de palo de rosa, y se entró al momento.

CARDEN. ¿Y cuando salió mas tarde, llevaba el cofrecillo?

ROCHE. No.

CARDEN. ¿La señora de Launay sabe lo que habia en el cofrecillo?

ROCHE. Los herretes de diamantes que el rey ha regalado á la reina.

CARDEN. ¿Pues qué, se los habria dado al duque?

ROCHE. Se los dió.

CARDEN. ¿Estais seguro de ello, Rochefort?

ROCHE. Y tan seguro.

CARDEN. ¡Bien, muy bien! tal vez no se ha perdido todo, y aun quizás sea todo por lo mejor; y decidme: ¿sabeis en dónde se hospedaban la señora de Chevreuse, y el duque de Buckingham?

ROCHE. La una en la calle de Vaugirard, y el otro en la de la Harpe.

CARDEN. Esacto.

ROCHE. ¿Quiere vuestra Eminencia que los haga arrestar?

CARDEN. ¡Oh, diligencia inútil! ya han partido.

ROCHE. Sin embargo, nos podemos asegurar....

CARDEN. Ya he enviado á Vitray con diez hombres: espíad su vuelta, y tenedme al corriente de lo que haya hecho.

ROCHE. Sí, Monseñor. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL CARDENAL, BONACIEUX.

CARDEN. Que entre el preso [*Bonacieux entra.*] Me habeis engañado.

BONA. ¡Yo, monseñor! yo engañar á vuestra Eminencia.

CARDEN. Vuestra mujer cuando iba á la calle de Vaugirard, y á la de la Harpe, no iba á las casas de los mercaderes de lienzos.

BONA. ¡Valgame Dios! ¿no? ¿pues á dónde iba, monseñor?

CARDEN. Iba á casa de la duquesa de Chevreuse, y del duque de Buckingham; de esos dos mortales enemigos del rey.

BONA. Sí, sí, eso es; vuestra Eminencia tiene razon. Yo he dicho muchas veces á mi mujer que era muy raro, y que me chocaba mucho que unos mercaderes de lienzos, viviesen en unas casas que no tenian ni rótulos, ni muestras, ni... y cada vez que se lo decia, mi mujer se echaba á reir como una loca. ¡Ah! ¡monseñor! y qué cierto es que vos sois el cardenal, el gran cardenal, el hombre de genio que la Europa admira, y que.... (*Se echa á sus piés.*)

CARDEN. (*Despues de haber reflexionado.*) Levantaos amigo mio: sois un buen hombre. (*Lo levanta.*)

BONA. ¡El cardenal me ha tocado la mano yo he tocado la mano del cardenal, del gran de hombre, y el grande hombre me ha llamado su amigo!

CARDEN. Sí, amigo mio; y como se os ha calumniado injustamente, es preciso indemnizaros: tened, tomad estos doscientos escudos, y perdonadme.

BONA. ¿Cómo, monseñor, perdonaros yo! si vos sois muy dueño de hacerme arrestar: muy dueño de hacerme dar tormento; muy dueño de hacerme trizas y hasta muy dueño de hacerme ahorcar. Perdonaros, monseñor! ¡Vaya, ni penseis en eso!

CARDEN. Adios, pues; ó mas bien, hasta la vista, porque creo que nos volveremos á ver.

BONA. ¡Oh! cuantas veces monseñor quiera. [*Vase.*]

CARD. Hasta la vista, señor Bonacieux. Hé ahí un hombre que en lo sucesivo se hará matar por mí. ¡Ah! ¡sois vos, Rochefort! ¡qué hay!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ESCENA IX.
"EL PRINCEPE REYES"

625 MONTERREY, MEXICO

EL CARDENAL, ROCHEFORT.

ROCHE. No ha encontrado á nadie: han partido.

CARD. Sí, la una va por el camino de Tours,

y el otro por el de Bolonia: solo en Lóndres alcanzaremos al duque de Buckingham.

ROCHE. ¿Y cuáles son las órdenes de su Eminencia?

CARD. Que no se diga ni una sola palabra de lo que ha pasado; que la reina piense que nada sabemos, que esté tranquila, que se juzgue segura, y que crea que nosotros andamos al alcance de una conspiracion política.

ROCHE. ¿Nada mas?

CARD. Iréis á casa de milady, y dadle una cita para pasado mañana á las once de la noche, en la taberna del Colombier-Rouge, (1) en donde ya nos hemos visto dos veces: que me espere en la pieza consabida, y que vaya ya dispuesta para hacer un viaje; al intento la esperará á la puerta una silla de posta con los caballos enganchados.

ROCHE. Sí, monseñor; y á propósito: ¿ese hombre?

CARD. ¿Qué hombre?

ROCHE. Ese imbécil que se llama Bonacieux. ¿Qué ha hecho de él vuestra Eminencia? Lo he visto salir de aquí, muy alegre, con una bolsa en la mano y contando oro.

CARD. He hecho de él cuanto de él podia hacerse: lo he hecho el espía de su mujer.

ROCHE. ¿Y si la señora de Chevreuse se volviese á París?

ESCENA X.

LOS MISMOS, EL REY.

REY. ¿Qué quiere decir "si la señora de Chevreuse volviese á París?" pues qué, ¿vino ya?

CARD. ¿Vuestra majestad ha oído?... (*A Rochefort.*) Dejadnos, pero no os alejéis.

REY. Sí, señor cardenal, he oído. ¿Conque á pesar de mis órdenes, la señora de Chevreuse ha dejado á Tours?

CARD. Hace cinco dias, Sire; me veo precisado á confesarlo.

REY. Señor cardenal, cosas son esas que no puedo soportar.

CARD. Os confieso, Sire, que he dado muy poca importancia á ese viaje, hasta que no supe....

REY. ¿Qué es lo que habeis sabido señor cardenal?

CARD. Que la duquesa de Chevreuse habia visto á la reina.

REY. ¿Se han visto?

CARD. Sí, Sire.

REY. ¡Ah! señor cardenal, aquí hay alguna trama.

CARD. Sí, Sire, y ya á esta hora tendria yo todos los hilos de ella; pero....

REY. ¿Pero qué?

CARD. Como ya no hay en Francia respeto á las leyes; como la espada decide todas las cuestiones; como el servicio de V. M. sir-

(1) Palomar encarnado.

ve de pretexto para paliar todo género de violencias y todas las complicidades criminales....

REY. Señor duque, ¿de qué modo mi servicio impide y detiene la ejecución de las leyes? ¿qué es lo que hay pues?

CARD. Lo que hay, Sire, ya que me forzais á decirlo, es, que yo iba á hacer arrestar infraganti, y provisto de todas las pruebas, al emisario de la duquesa de Chevreuse y de la reina; cuando un mosquetero, un guardia, no sé quién á punto fijo, un militar, en fin, llega y se atreve á interrumpir violentamente el curso de la justicia, cargando, espada en mano, sobre los honrados agentes de las leyes, encargados de examinar con imparcialidad el negocio, para someterlo luego al juicio de V. M.

REY. En efecto, ya me imagino que ellos tienen cómplices entre mis servidores.

CARD. Sire, calma.

REY. La tendré cuando lo sepa todo. ¡Ah! recurren á mis mosqueteros; se sirven de mis guardias contra mí mismo, contra mi honor.... ¡A ver vamos! (Se dirige hácia el aposento de la reina.)

CARD. Perdonadme.... ¡á donde va V. M.!

REY. ¡A donde voy! al cuarto de la reina.

CARD. Es que, aun tengo algo mas que decir á V. M.

REY. Decid pronto.

CARD. Cuando estaba en Paris madama de Chevreuse, estaba tambien el duque.

REY. ¿Qué duque?

CARD. El duque de Buckingham.

REY. El duque de Buckingham, ¿y qué venia á hacer aquí?

CARD. Venia sin duda á conspirar con los españoles y los hugonotes, á fin de preparar esa formidable expedición de la Rochelle.

REY. No, venia á conspirar contra mi honor.

CARD. Eso me lo dice V. M., segun el informe de la señora de Launay.

REY. ¿Qué informe es ese?

CARD. La señora de Launay habrá dicho á V. M. que la reina se habia acostado muy tarde, y que esta mañana habia llorado mucho escribiendo sola en su retrete.

REY. ¿La reina ha llorado? ha escrito, y.... y esas cartas, esas cartas que ha escrito, ya tal vez estarán en camino.

CARD. No lo creo así, Sire. La señora de Launay me lo habria dicho.

REY. Pues es preciso ver esas cartas; quiero leerlas.

CARD. ¡Oh! Sire!

REY. ¡Y por qué á ese inglés, por qué á ese infame duque de Buckingham, no le habeis hecho arrestar!

CARD. ¡Cómo, Sire! arrestar al duque! arrestar al primer ministro de Carlos II... ya veis que no....

REY. Entonces en lugar de arrestarlo, ya que él se espuso como un espía, era preciso.

CARD. ¿Qué?

REY. Nada, nada.... Pero adónde está.

CARD. Partió, Sire. Ha dejado á Paris anoche mismo.

REY. ¿Y estais seguro que no se han visto?

CARD. Es probable: lo creo así al menos; la reina profesa á V. M. un sincero afecto para....

REY. No obstante, ellos se han correspondido: ella ha escrito, y lloraba cuando escribia. Señor duque, os lo repito, necesito esas cartas, lo quiero.

CARD. Una comision semejante, Sire, pondria en grande aprieto á todos los vasallos de V. M.; porque si el rey dice: yo quiero; la reina puede decir: yo no quiero.

REY. Vamos á ver si ella me desobedece. [Toca una campana.] Anunciad á la reina que la suplico se presente aquí. [Vase el oficial.]

CARD. Yo me retiro.

REY. No os alejeis. ¡Ah! y enviadme al señor canciller, que está trabajando en mi gran gabinete.

(El cardenal sale saludando á la reina.)

ESCENA XI.

EL REY Y LA REINA.

REINA. (¡Dios mio! el cardenal.) V. M. me ha hecho el honor de llamarme!

REY. Sí, madama.

REYNA. Ya espero las órdenes de V. M.

REY. Menos respeto madama, y mas franqueza. ¿Por qué se halla en Paris la señora de Chevreuse?

REINA. (¡Cielos!) ¡La señora de Chevreuse! no sé Sire.

REY. ¿Y por qué os habeis desvelado esta noche?

REINA. ¡¡Me muero!!

REY. ¿Por qué habeis llorado! ¿Por qué habeis escrito?

REINA. Os aseguro....

REY. ¿A quién escribisteis madama!

REINA. ¡Sire!....

REY. Esa carta aún no ha ido á su destino; ¿á dónde está! yo la quiero.

REINA. V. M. no se ha casado con una princesa de mi nombre, para hacer de ella una esclava.

REY. ¡Hola! ¡os revelais! me gusta mas eso que vuestros hipócritas respetos: esa carta.

REINA. Lo que yo escribo me pertenece.

REY. Lo que vos escribis, pertenece á vuestro rey, á vuestro señor; ¿quereis darme esa carta!

REINA. Reflexionad, Sire.

ESCENA XII.

DICHOS, EL CÁNCILLER.

REY. Entrad, señor Canciller. (A la reina) madama, ¿rehusais!....

REINA. Sí.

REY. Por la última vez....

REINA. Jamas....

REY. Señor canciller, sois el primer magistrado de mi reino, y conoceis por lo mismo en los crímenes de alta traición y de lesa magestad; ahora vais á entrar al aposento de madama, de la reina, y á recoger con minuciosa escrupulosidad todos sus papeles, que me traereis aquí.

REINA. Esta es una infamia.

REY. Vuestras llaves, madama.

REINA. El señor canciller ordenará lo que crea conveniente, y doña Estéfana, mi camarista, le dará las llaves de mis mesas y de mis escritorios.

REY. Id, señor. (Vase el canciller.)

ESCENA XIII.

EL REY, LA REINA.

REY. ¡Ah! madama, estais demasiado tranquila y sosegada, y en demasía orgullosa, porque sabeis que el canciller nada encontrará; y, en efecto, ya sé yo tambien que no se confia á un cajón de un mueble cualquiera, cartas como la que vos habeis escrito.

REINA. ¿Qué quereis decir, señor!

REY. Cuando yo castigué á ese traidor rebelde, que se llamaba el mariscal D'Ancre, despues de muerto, se buscaron las pruebas de sus crímenes, en casa de su mujer; y ella, por supuesto, tampoco habia confiado nada ni á sus cajones ni á sus mesas; pero registrándola....

REINA. La mariscalá D'Ancre no era mas que la mariscalá D'Ancre, una aventurera florentina, y es cuanto; pero la esposa de V. M. se llama Ana de Austria, es hija de un rey, y la mas gran princesa del mundo.

REY. Y como tal, Ana de Austria es mucho mas culpable, y con los culpables no se tiene consideración. (Da un paso.) Esa carta!

REINA. Llamaré á mi hermano en mi aullio.

REY. Yo tengo ejércitos para responderle. Esa carta!

REINA. Apelaré al honor de los caballeros franceses.

REY. Primero pensad en el mio. ¡Esa carta, digo! vos la ocultais, la traeis con vos; dádmela.

REINA. Sire.

REY. Dádmela, ó yo la tomo.

10—TEATRO

REINA. No.... no.... yo os evitaré esa vergüenza, Sire; ¡yo me evitaré esa afrenta! Sí, es verdad: yo he escrito una carta.

REY. ¡Ah! confesais....

REINA. Esa carta, vuestro canciller no la encontrará: la traigo conmigo, cual decís: ¿quereisla?

REY. La quiero.

REINA. ¡Hela aquí! (Cae en un sillón. El rey la abre con precaución.)

REY. "Hermano mio: (hablando.) Escribia al rey de España. [Lee:] "Quejas contra el cardenal, un plan de guerra, una liga con la España y el Austria, con el objeto de echar abajo á mi ministro."

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, EL CARDENAL.

CARD. Asuntos políticos, ¿no, Sire!

REY. Sí, duque, nada mas que política; ni una sola palabra de lo que yo creia. ¡Gracias á Dios! Tomad.

CARD. (Leyendo.) Ya se lo habia dicho á V. M.: estaba seguro de ello.

REY. Sin embargo, habia una conjuración contra vos; y la reina no es menos acreedora á mi cólera.

CARD. No, Sire; verdad es que la reina es mi enemiga; ¡pero, no es una esposa sumisa, sin tacha! Permitid que interceda por S. M.

REINA. ¿Qué dice!

REY. En ese caso, que ella se dirija primero á mí.

CARD. Al contrario, Sire, V. M. la ha ofendido primero, pues fué V. M. quien ha sospechado de la reina, dando con tal sospecha lugar á un escándalo.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, EL CÁNCILLER.

REY. ¿Qué debo, hacer pues!

CARD. Algó que sea grato á S. M. la reina: alguna cosa que sirva de distracción y de reparacion á la vez; por ejemplo, dad un baile, ó si no, mirad: se presenta una bella coyuntura que lo concilia todo. Los regidores de la ciudad de Paris dan un gran festejo dentro de pocos dias, y será un grande honor para todos ellos, el recibir á Vuestras Magestades.

REY. ¿Cuándo es eso!

CARD. De aquí á cuatro dias; y me parece, Sire, que será de inmenso júbilo para la ciudad la asistencia de Vuestras Magestades, y para S. M. la reina una bella oportunidad de